

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 6 de Junio de 1927 | N.º 23

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

FUNCIÓN DE MODA

el Martes 7 de Junio

A LAS DIEZ Y $\frac{1}{4}$ DE LA NOCHE

PROGRAMA

Proyección de la magnífica producción PARAMOUNT,

EL REGALO DE BODA

inspirada en la obra de PAUL ARMSTRONG e interpretada por los prodigiosos artistas,

Betty Compson y Raymond Gryffith

Ideal Revista

A partir de este número, esta publicación perderá su carácter de periodicidad, publicándose en lo sucesivo en las ocasiones y forma que las circunstancias requieran.

CINE IDEAL

Programas a proyectar en funciones sucesivas

Jueves 9 y sábado 11 de Junio, La película en dos jornadas,

El sol de Inglaterra

Domingo 12,

FRIVOLINAS

Martes 14,

El buscador de emociones

marca PARAMOUNT, por RICHARD DIX.



FRIVOLINAS

La venganza

I

Breve y conciso, el anónimo delator iba dirigido al corazón, como puñalada de pícaro. Lo firmaba un amigo; que nunca falta el amigo encargado de dar tales noticias, luego de adquirir el convencimiento de que jamás llegará a saborear las migajas del festín que delata: ya que el despecho es la ganzúa que abre la boca de los cobardes.

«Si deseas adquirir la certidumbre del engaño en que vives, vigila a tu mujer.

Es un consejo que te dá.

UN AMIGO».

Bailaban las letras, luego de su lectura, confusa zarabanda, cual si quisieran, no conformes con el daño causado, burlarse ante la vista de Pedro Montero que, en empeño inútil, pretendía una segunda lectura del papel infamante.

Por un momento, vaciló el artista, como si en su cráneo hubieran descargado fuerte golpe. A punto casi de caer, se asió con fuerza al pedestal que sustentaba su última obra—el busto de *ella*—y al sentir, junto al calor de fragua de su frente, amplia y noble, el contacto gélido del mármol, se irguió rápido, vengador y furioso, como un Oтелo.

Dió unos pasos atrás y fijó la mirada pendiente en el gracioso y hechicero rostro de la amada. A ser de cera, el busto, lo hubiese derretido el fuego de sus ojos. De ser barro, al tremendo golpe que con el cincel le asestó, hubiéralo reducido a informe masa: tales fueron la rabia y el esfuerzo que puso en el golpe. Mas era mármol, y, únicamente, la soberbia humana, arrancó un haz de chispas al choque del acero con la piedra.

Leve gesto, evocador de la sonrisa inmortal de Mona Lisa, contraía los labios de la adorable. Dijérase que animado el busto, destinado un día a ser vocero de la fama del genial escultor, se complacía en burlarse ahora del hombre y del artista que, orgulloso, cifrara en ella ansias de amor y gloria.

¡Pobre hombre! ¡Qué ciego estubo para no ver la burla! ¡Mejor que ciego, y más que ciego, noble y confiado para no adivinarla: nobleza y confianza son la venda que nos impide ver la realidad en tales casos!

En momentos quería no creer en la certeza del anónimo, achacándolo a alguna cobarde asechanza; pero algo interior le inducía a prestarle crédito, aunque hasta ahora jamás dudó de Lota.

A solas en la amplitud del estudio—los discípulos habíanse ya

ausentado—Pedro Montero apuró hasta las heces todo el dolor de su desgracia. Las estátuas, acá y allá diseminadas, creaciones de su genio, fueron sólo testigos de la afrentosa nueva. Y, cosa extraña, de las cuencas vacías de sus ficciones todas, en mármol o en bronce talladas, parecía escapar una mirada de burla para aquel que, en gracia a su talento y a su maravillosa inspiración, las sacó de la nada en que yacían.

Y en el comedio del estudio, triunfante en su euritmia, altanero en el gesto, dominante en su clásica gracia, y burlón en la sonrisa muy Leonardo de Vinci, el busto de la esposa, su obra cumbre.

¡Allí estaba su amadísima Lota! ¡La que, con perfidia e ingratitude, le mintió amores con el engaño artero de sus besos y la falacia pasional de sus palabras! ¡Todo el sueño de amor y maravilla que su Lota supo forjarle fué un embuste!

.....
 ¿Y su hija, su Angelina, sería tal vez otro embuste también?..

Tomó al artista un nuevo desaliento que le puso ante los ojos una espesísima niebla y le envolvió el cerebro en densidades de bruma, y para no caer al suelo tuvo, de nuevo, que asiarse con fuerza al firme pedestal del busto de *ella*. Instantáneamente se repuso y, en pregunta ansiosa, en vehemente y desesperada interrogación, clavó su angustiosa mirada en los ojos sin ojos de la helénica efigie y..., tras mucho mirar, ignoró lo que ansiaba...

¿Qué se hizo de aquella ciega confianza hacia su Lota? Humo en el viento, jirón de niebla, pronto los disipó el soplo delator.

Las sombras de Otelo, Yorik y Pedro Crespo se pasaron a lo largo del estudio, y en Montero reencarnaron las ficciones del glorioso Shakespeare, del célebre Tamayo, del inmortal Calderón: fué, por un momento, el marido celoso y vengador que todos los españoles llevamos dentro. Y al igual que antes el golpe rudo de su cincel arrancó chispas—lágrimas de fuego—al choque con el mármol, al chocar ahora la atávica idea con las procelas mentales, surgió la chispa homicida en vehementes deseos de matar, de aniquilar...

Con pasos desesperados e inseguros, cual un ebrio, recorrió el escultor todo el estudio, como en huida de aquella idea obsesionante.

De pronto se detuvo, y empuñando en la diestra el martillo de trabajo, descargó un bárbaro golpe, que impulsaron los celos y la ira, en la tersa y graciosa frente del busto de la amada, que saltó en pedazos.

Cuando Montero abandonó el pabellón en que tenía el estudio era otro hombre; parecía como si en el mármol roto hubiera aplacado su furor, y su alma, tranquila ya, disfrutara de todos los goces que la venganza—placer de dioses—proporciona.

II

Al llegar a sus habitaciones, luego de atravesar el cuidado jardín

que circunda el hotelito, preguntó por su esposa a la doncella que salió a recibirle.

Por la sirviente supo que, Lota y Angelina, habían salido momentos antes.

—La señora me encargó dijera al señor que, si quería reunirse con ellas, esperaban al señor en el Parque del Oeste, a donde irían para que la niña jugara un rato con las amiguitas—dijo la doncellita amable y servicial.

—Está bien, Manuela—y Pedro Montero penetró en su despacho.

Poco rato permaneció allí. Se notaba extraño en su propio hogar. Salió del despacho y pasó al gabinete de su esposa. Tampoco allí se encontraba a gusto; olía a Lota y este olor, mezcla del perfume predilecto y de las emanaciones de la carne joven, sana y limpia—*odore di femina*—que otras veces le agradaba aspirar hasta saturarse, ahora le molestaba hasta la náusea. Tal era el odio que sentía hacia la adúltera; odio de todo su cuerpo, del que ni hasta los sentidos se libraban.

En tanto se paseaba por la estancia, y a punto casi de abandonarla, una duda le asaltó rápida al contemplar el secreter de Carlota.

¿Estaría la prueba palpable y fehaciente de su deshonor encerrada en aquel mueble? Y, sobre todo, ¿podría hallar allí algún indicio que le disipara las dudas crueles, que le torturaban unas horas hacía, acerca de su paternidad?

En otra ocasión hubiera sentido escrúpulos antes de hacer la requisa, le habría parecido un acto innoce; ahora, no, ahora lo consideraba lícito y, para no perder tiempo, trató de abrir los cajones del mueble cerrados con llave. La idea de forzarlos acudió a su mente; pero antes trató de indagar si algunas de sus llaves podría evitarle la violencia. En efecto, una llavecita pequeña actuó de ganzúa.

Registró despacio, con escrúpulo; indagó minucioso en todos los cajones; pero nada encontraba que disipara la duda cruel que albergaba en su alma.

«¿Angelina, su nena adorada, sería suya?»...

Relampagueaba la pregunta en su cerebro. Y sus manos requisaban acuciosas; pero sin dejar huella por donde Lota pudiera conocer el registro.

¡Nadal! ¡Infructuosas las pesquisas! Montero desesperaba ya de hallar la réplica a la angustiada interrogante.

¿Y para qué indagar si de todas formas seguiría adorando al angelote rubio? ¡Qué no era su hija!; ¿y qué!... ¿Qué culpa tenía la infeliz criatura, que no otro pecado cometió que el de colmarle de felicidad con sus lagoterías?

¿Y Lota?... ¡Oh, Lota!... Esta ya era otra cosa; le había ofendido, deshonrado. Había escarnecido su nombre... Pensó un instante en

arrancarle a la fuerza el secreto que indagaba. Pero el temor al escándalo, que le horrorizaba, asqueándole, hízole apartar de sí tal pensamiento.

De pronto, de entre los dobleces de un exiguo pañuelo de seda, oculto junto a otros en una caja de laca, saltó un papel cuidadosamente doblado. Lo recogió Montero con prisa y anhelante leyó el contenido. Buscó rápido la firma, pero sólo una inicial se mostraba al pie de los renglones. ¡Imposible conocer al miserable!

Otras cartas, hasta en número de cinco, fueron apareciendo entre los celestinos pañizuelos, cuyos dobleces ofrecían propicia y clardestina tercera.

¡Al fin, hallaba la clave que aventaría sus dudas!

Las cartas, en efecto, eran los heraldos de su deshonor.

Y, ¡oh crueldad!, Angelina, la nena bonita, blanca y rubia, nivea y fulva, como la leche y el trigo, no era suya. Lo acusaba bien claro el pliego aquel que, nerviosamente, extrujaba en su diestra.

Quiso leer otra vez, para gravar en su memoria aquellas palabras que tanto le dolían, y, como antes en el estudio las del anónimo, las letras de la carta ahora, iniciaron confusa zarabanda, mientras en su cerebro la terebrante idea ponía una niebla que le cegaba la razón. Cayó rendido sobre una otomana, toda cubierta por fonjes y lindos cojines.

A medida que el estupor cesaba y la luz escarecía las nieblas del cerebro de Montero, la idea macabra y trágica, tan peculiar del marido español en casos tales, íbale tomando de nuevo las potencias todas.

En un acceso de furor se golpeó a sí mismo, y rasgó un retrato de Lota que a su alcance estaba.

¡Qué bella, Lota, en aquel retrato! Jarifo el cuerpo de venustas líneas, de ergido busto y anóricas caderas. Bello el rostro de grandes ojos negros—sensuales huminares que candencen—; nariz no larga y un tanto respingada, que pone un gesto pícaro en la faz; labios gruesos, que recuerdan la pulpa de las frutas, e invitan a morder, como la pulpa; labios rojos, carnosos y lascivos, por entre los que asoma el marfil de los dientes hialinos, menudos y apretados—, gotas de leche al fondo de una herida, hilo de perlas entre claveles rojos—¡Qué bella Lota!

Caleidoscopio el cerebro de Montero, recordó en visión rápida toda su vida. Bohemio, primero. Triunfador, después. A su lado Lota, casi ajena a sus luchas y trabajos, pidiendo galas y exigiendo mismos. Luego, Angelina, el angel bello que alegró el hogar, mimosa siempre, siempre dispuesta a alejar las borrascas de su frente con el célico bálsamo de sus caricias inocentes. ¡Oh, no; no podía ser aquéllo! Si la nena no era hija suya ¿por qué le quería tanto?... Y él,

a su vez, si nada era de ella ¿por qué tanto la amaba?... ¡Para volverse loco!...

La tormenta del alma fué deshaciéndose en silenciosas lágrimas. Lloró el artista por la felicidad que se marchaba para jamás volver. Y lloró el hombre por la desvanecida ilusión de su paternidad que no fué sino cruel y sangrienta burla.

Más tranquilo, cerró de nuevo el mueble, no sin antes haber colocado todo ordenadamente, para evitar que Lota sospechase el registro. Sólo la última carta leída se reservó Montero para sí.

Cual si el llanto tuviera la virtud taumatúrgica de aplacar las tormentas del alma, y las lágrimas el don divino de encalmar los instintos homicidas. Pedro Montero se sintió más aliviado, luego de aquella debilidad que le equiparaba con un niño o una damisela.

Pensó en orden, y, luego de pensar, dedujo esta consecuencia que, al pronto, le pareció una perogrullada o un sofisma, pero que no era sino el fruto lógico de su metódico plan de venganza:

«Para vencer a la astucia hay que luchar llevando por arma la sagacidad, buscando así herir con las mismas armas a aquellos que trataron de herirnos sin piedad».

Arreglóse el artista el desorden de las ropas, se lavó el rostro, tocóse el flexible londinense, y se dispuso a marcha en busca de Lota y Angelina.

Ya en la calle, el frescor de la puesta de sol de aquella tarde vernal fué una caricia en su frente enfebrecida.

III

Lota amaba ciegamente a Angelina; pero la muñeca quería más a papá, y esta predilección encoraba a Lota.

Irreflexivo el Amor, hacía que la nena prefiriera a Pedro, para dar un rotundo mentís a esos moralistas de guardarropía que nos hablan de la «voz de la sangre» como de cosa infalible e indefectible.

Queremos a quien nos quiere, como sentimos agradecimiento hacia el que nos favorece y no hacia el que nos injuria u ofende.

Pedro se gozaba ahora—su pequeña venganza—en obligar a la nena a mostrar su predilección. Cuando tales escenas tenían lugar, Montero no dejaba de observar a su esposa para no perder el gesto más nimio.

Transcurrieron así algunos meses en los que el escultor, sagaz y cauteloso, llegó a conocer a su ofensor.

Con flemma británica buscó la amistad de aquel hombre y, como un su amigo, lo introdujo en su hogar, sin importarle nada lo que el mundo pensara de él, atento sólo a su venganza.

¡Qué placer el suyo dejándose abrazar de la nena, sentada sobre sus rodillas, que le acariciaba con sus manitas gordezuelas la espaciosa frente y enredaba sus deditos en la pelambre espesa y azulén-

ca de sus crenchas! ¡Cómo se gozaba oyéndose llamar papá ante aquel hombre que tenía más derechos que él sobre Angelina!

Un día, creyó adivinar un gesto de protesta, ahogado apenas nacido, en el rostro de aquel miserable que le robó la dicha, al terminar una de aquellas escenas en que casi a diario se complacía para torturar a los culpables. Al notarlo a punto estuvo de perder su impassibilidad y comenzar a tiros en los infames; pero se contuvo. No era aquella su venganza, no; era muy otra. Quizá no todos llegaran a comprenderla, pero a él le bastaba con sentirse suficientemente pagado con elle.

Más cariñoso que nunca con Lota, ahora. Haciéndola sentirse madre ampliamente, para mejor vengarse.

Una noche, se quedó en el despacho hasta muy tarde. Escribió varias cartas, que guardó en un cajón de la mesa, luego de encerrarlas en sus respectivos sobres.

A la mañana siguiente, ni Pedro ni Angelina estaban en la casa. Se les buscó inútilmente por todo Madrid.

IV

Del puerto de Cádiz, calmo a la sazón como una balsa de aceite, zarpó en la mañana radiante y purísima, el trasatlántico español «Infanta Isabel», con rumbo al Plata.

A bordo, iban Pedro Montero y Angelina. El artista, en el momento de zarpar el buque, abrazó a la nena y la besó con ansia. Después miró a tierra y sonrió. Pensó en los padres de Angelina, a quienes despojaba de su hija en pago a su traición, y la sonrisa fué carcajada loca. ¡Ahora sí que comenzaba su vindicta!

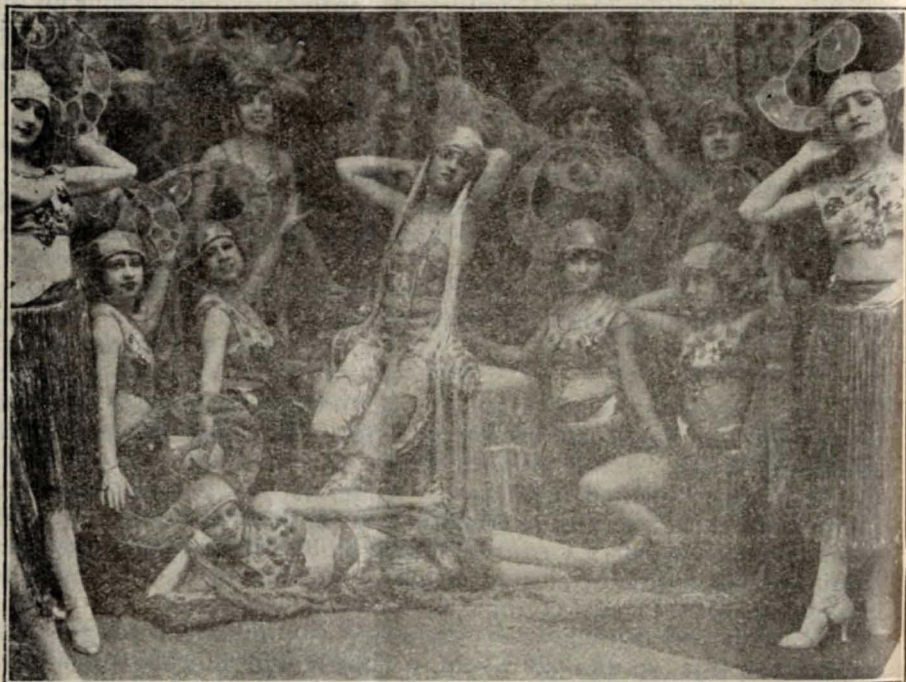
¡Le robaron la dicha los infames, y él, en anhelo de venganza, le robaba la hija, ya que la ley le amparaba a ello! ¡Le robaron la dicha, la felicidad tan sólo; pero el honor, no, pues como cosa inmanente lo llevaba consigo, limpio y excelso, junto con su arte por todo patrimonio, a tierras lueñas a vivir y a olvidar... Y a procurar hacer de su muñeca una mujer que en nada recordase moralmente a su Carlota!

.....
Sobre la comba augusta del mar, muy lontano, el amplio trasatlántico español era un punto no más en el espacio.

Las blancas gaviotas rubricaban incesantes el azul en ráudos vuelos. Eran cual pañuelos albos que, agitados al viento por manos cariñosas e invisibles, le dijeran adiós al emigrante.

ANTONIO MERLO DELGADO.

Revisado por la censura.



FRIVO

La célebre película que ha batido, por su originalidad

de cuantas hasta ahora se ha

Se proyectará en única función el domingo

Véase la magnífica



OLINAS

alidad y presentación, el record de la espectación
se ha proyectado en España.

omingo 12 de Junio en el **CINE IDEAL**

nífica propaganda.



Nuestras entrevistas

Celia Escudero

Paseábamos por la Castellana. Nuestro amigo, maravillosamente, discurría acerca de la obra de Kant. Atribulados, y teñidas nuestras mejillas por el carmín del rubor, confesamos con honradez que nos aburríamos...

De pronto, la voz cálida y bien timbrada de nuestro amigo cesó de sonar. Alzamos a él los ojos y le vimos, afianzándose violentamente las gafas, mirar con insistencia—con ansia es el vocablo apropiado—a un sitio determinado, que resultó ser la figura arrogante de una mujer que avanzaba en dirección contraria.

Resopló el filósofo y masculló unas palabras que no entendimos. La mujer, al pasar junto a nosotros, correspondió con una ligera inclina-

ción de cabeza y con una sonrisa a nuestro respetuoso saludo. Y nuestro amigo, tras mirarnos estupefacto, inquirió:

—¿Tú conoces a esa joven...?

—Sí. Y tú también: es Celia Escudero.

—Ya lo sé; pero te pregunto que si te la han presentado, si has hablado con ella.

—Ayer mismo estuve en su casa.

—¿Interviú?—. Ya nuestra seña afirmativa, cogiéndonos violentamente por las solapas—: ¿Y por qué no me llevaste contigo, canalla? ¿Por qué, avaricioso, acaparador, no me hiciste participar de la dicha que supone contemplar tanta belleza...?

—Suelta, idiota. ¿Y el encanto de estudiar las intrincadas cuestiones de filosofía Kantiana?

—¡Eres un mal amigo y *un mala sombra!*—tornó la cabeza para mirar de nuevo a la mujer que se alejaba y murmuró—: ¡Qué guapa, Dios mío, pero qué reteguapa...!

—Sin embargo, el encanto mayor de Celia Escudero, no está en su belleza, sino en su sinceridad.

Nada más exacto que nuestras últimas palabras. La notable actriz, antes que nada, más que nada, es un alma abierta en la que se puede leer por las páginas, llenas de luz, de sus ojos inmensos. Celia Escudero, la bellísima mujer llena de juventud, no miente nunca; no podría mentir tampoco, pues la delatarían sus ojos.

Cuando dedicábanos unos retratos en los que a su rostro perfecto sirve de fondo la cabellera larga y rizada, le preguntamos, mirándola:

—¿Pero, por qué se cortó usted el pelo. Celia?

—Por hacer rabiar a *él*. Sí, señor: nada más que por eso. Seguramente lo que más le gustaba de mí era el cabello. Por eso, cuando reñimos fui a la peluquería y ¡zas!, se acabó. Claro que—añade con una sonrisa leve—tuve buen cuidado de pasarme antes por casa de Calva-che para que me hiciese estas fotos.

—¿Y ahora, cuando *él* la vea...?

El brillo de los ojos de Celia se apaga. Desaparece la sonrisa de sus labios de grana y musita.

—No sé... Tal vez no tenga mucho interés por verme. Si lo tuviera, hubiese venido ya a despedirse de mí, antes de marchar a Alemania.

Ha dejado la estupenda actriz la pluma en la escribanía y queda pensativa. Luego:

—He leído la interviú que usted le ha hecho. Está muy bien.

—Gracias. Pero, ¿qué es lo que está bien, la interviú o lo que *él* dice?

—Las dos cosas—responde Celia echándose a reír.

—¿Cómo se conocieron ustedes?—preguntamos.

—Trabajando, en los estudios. Me enamoré como una loca: tanto

que no creo pueda querer yo a nadie en este mundo como a él le quería.

—¿Han trabajado juntos en alguna película?

—Sí, señor, en la «Bejarana», en «Los hijos del trabajo» y en «La sirena del Cantábrico». Y con nadie trabajo tan a gusto como con él: no por... *eso*, sino porque creo sinceramente, friamente, que ningún galán español de cinematógrafo pueda igualársele.

—¿Qué otras obras tiene usted?

—«Diego Corrientes», que fué la primera que rodé y «El Abuelo». Hacemos un alto en la charla. Celia, pensativa, no alza a nosotros los ojos sino cuando oye el rumor del papel del cigarro al ser éste liado. Nos mira y sonríe.

—Sí, señorita—decimos, adivinando su pensamiento—: Fumamos igual tabaco.. Y, dig: ¿qué artista española le parece mejor?

Responde sin vacilaciones:

—La «Romerito». Para mí es la más completa. A la «Romerito» la coje un buen director—un Perojo, por ejemplo—y, vamos, no hay quien se le pueda poner por delante.

—¿Y extranjeros?

—¿Usted ha visto «La Bohème»? ¿Sí...? Pues sus protagonistas: de ellos, nadie como Jhon Gilbert y de ellas, Lillian Gih-. Hace una breve pausa y continúa—: Claro que hay actores formidables. El mismo Valentino, en «Monsieur Beaucaire» y en «El hijo del Caid», demostró ser un *as* indiscutible; pero como los dos que le digo, nadie. Al menos a mi parecer.

—¿Tiene usted algo en proyecto?

—Sí, una película que, probablemente, se titulará «Mientras el amor pasa».

—¿De quién es el argumento?—inquirimos.

La bellísima artista, vacila sonriendo. Y nosotros en un impulso inconsciente, aventuramos:

—¿Es de usted acaso?

—¡No, no...!—protesta rápida, sin dejar de sonreír.

Lo cual, en buen castellano, entendemos nosotros que: «¡Sí, sí...!» Cuando se estrena «Mientras el amor pasa», veremos.

—¿Con que aficionada a las letras, eh?

Se transfigura el rostro de Celia, para contestar casi con unción:

—Sí, señor. Mucho.— Luego, alegremente, añade—: Tengo por ahí una de cosas escritas que son verdaderas maravillas.

—No tiene nada de particular.

—¡Calle usted por Dios! ¡Si hay cada *facha*...!

—¡Protesto!—Decimos rápidos—¡Protesto! Una mujer como usted, con su temperamento, es imposible que haga nada mal.

—Nada, sino escribir, pintar y no sé cuantas cosas más. Lo único que, con orgullo, confieso que domino perfectamente es la equitación.

Ponemos una cara de asombro, verdaderamente admirable, aunque ya sabemos que es verdad. Nos lo dijo... quien le sabe bien.

—¿Monta usted bien a caballo?—preguntamos, no obstante, con toda naturalidad.

—Bien, no: estupendamente—responde Celia riendo—. Aprendí en una jaca... Y en ese caballo y en otro cualquiera hago yo lo que... *el que más*.

—¿Cómo se llama la jaca?

—«Nena».

—Y... «¿el qué más»...?

Queda suspenso un momento, sería de repente. Y luego:

—¡Ah! ¿Pero... usted sabía...?

—¿Yo? ¡Yo no sé nada! Lo que usted me diga, so'lo.

—Bueno, de verdad, no diga usted eso ..

Mutismo absoluto por nuestra parte. No nos hemos comprometido a nada. Y, variando el rumbo de la charla, interrogamos a la deliciosa actriz

—¿Trabaja con facilidad ante la pantalla?

—Sí, señor. Por regla general, porque vivo o he vivido las escenas que he de filmar. Además leo bien los argumentos, cosa que no me cuesta ningún trabajo porque leer es mi vicio.

—¿Qué autores prefiere usted?

—Españoles—responde—. Y de los españoles, Benavente, Marquina e Insúa.

Callamos unos instantes. Celia, apoyada en un veladorcito de laca, termina las dedicatorias de los retratos con su letra picuda y alta, muy *Sacré cœur*.

—Bueno, ¿y cuándo va a ser el estreno de «Mientras el amor pasa»?

Cómicamente indignada nos amenaza la gentilísima actriz con su dedo largo y delgado:

—¡Y dale! ¡Si ese argumento no es mío, señor!

—Si yo no digo que sea suyo! Le pregunto que cuando se vá a estrenar.

—Ah, pues no sé... A lo peor, nunca. Porque... tal vez marche a Chicago..

—¿A Chi...? ¿A qué?

—A no estar en España, a no estar en Madrid—. Hace un silencio breve, suspira y añade pensativa—: Con lo bien que yo estaba en mi colegio..

Sin embargo, lector, yo iré a la boda de esta mujer tan guapa, tan artista y tan sincera que se llama Celia Escudero. Cuando se case con él...

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS.

Madrid-Mayo-927.

(Prohibida la reproducción).

Ramper quiere guardar el secreto

Al conocerse la noticia de que la película «Fivolinas» estaba contratada para Valdepeñas, un contertulio de Ramper le preguntó:—¿Es cierto que vas a Valdepeñas?

El ingenioso excéntrico, lo negó rotundamente acabando por confesarlo ante las insistencias de su amigo.—Ahora—le dijo— que te encargo el mayor secreto. Me dá mucha vergüenza.

—¿Por qué?—le interrogó extrañado el amigo—Valdepeñas es una gran población. Un público muy bueno, muy atento con los artistas.

—Sí, pero...

Al fin, el notable mímico, acabó por confesar ruborosamente.

—Me dá vergüenza por que... ¿sabes?... Es que... ¡como voy en cinta!

Edicto

Don Manuel Fernández Puebla y Ruiz, Alcalde de esta ciudad.

HAGO SABER: Que en cumplimiento de lo acordado por la Comisión municipal permanente, en sesión del día 25, se procederá a la celebración de un segundo concurso para el acopio, machaqueo y tendido de piedra para el arreglo con arrecife de aquellas calles que acuerde la Comisión permanente. Dicho acto tendrá lugar en el Salón de sesiones de esta Casa Capitular a las doce horas del día 23 del mes actual, con arreglo al pliego de condiciones e instrucciones anunciadas en el «Boletín Oficial» número 48 publicado con fecha 22 de Abril último.

Valdepeñas 2 de Junio de 1927.

MANUEL PUEBLA.

Muebles de Lujo y Económicos - Artículos de fantasía para regalos - Servicio de mesa en cristal fino - Vajillas de Loza

Emilio González Pérez

—7, Pí y Margall, 7—

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad

Cine Ideal

La película del domingo

FRIVOLINAS

producción española

Comedia jocosa de gran espectáculo.

200 bellísimas mujeres.—500 lujosos vestuarios.— 28 números de música, sincronizados a la acción de la película.

Principales intérpretes:

María Caballé.-Rosita Rodrigo.-Eva Stachino.-Blanca Pozas.

RAMPER

Pereda, Castells, Olvido Rodríguez, Felisa López, Luisa Vieden. Señores López Alonso, Mauri, Lijero y Elías.

La película más original conocida hasta el día.

Arte, lujo, riqueza, alegría y vistosidad.

Skechs de las REVISTAS VELASCO.

Fumadero de opio.—El beso de la muerte.—La Morfina.—Conjuntos.—Pollitos conquistadores.—Jardineros.—¡Oh, Catarina!—Schotis en la bombilla.—Y Ramper en sus números descacharrantes que hacen desternillar de risa.

CATALAN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO

Pi y Margall, 6, Valdepeñas

NOTICIAS

Con brillantes ejercicios han hecho el ingreso, en el Instituto de Ciudad Real, las simpáticas y distinguidas señoritas, alumnas del Colegio Institución Moderna, Juanita Izarra, Julita M-Peñasco, Victoriana Fernández y Teresita Izarra.

Con no menos éxito han realizado dicho examen los *pollitos* Pedro Salmerón, José Castillo, Eduardo Caravantes, Juan Moreno, Miguel Calatayud, Gregorio García, Manuel Pedrero, Rogelio Romero, Daniel Moya y Cristóbal Tarazaga; preparados también por la Institución. Reciban todos nuestra más cordial enhorabuena.

—Entre nosotros ha pasado unos días nuestro buen amigo don Carmelo Madrid Sánchez.

—Ha llegado a esta plaza, con objeto de pasar el verano al lado de los suyos don Alfonso Caro-Patón.

—De Venta de Cárdenas ha regresado don Ramón Morales y bella esposa Julita Barba.

—Ha regresado de Madrid, después de pasar una larga temporada con sus hermanos la señorita Pura Sánchez.

—Del campo, después de pasar una temporada ha llegado don Aníbal Sánchez y familia.

—Ha salido para Madrid, para dar validez académica a sus estudios de Derecho, nuestro buen amigo D. Eugenio Merlo y Anca. Como estamos seguros de su rotundo éxito, le anticipamos desde ahora nuestra sincera felicitación.

—Después de terminar sus tareas escolares, se encuentra entre nosotros con ánimo de pasar sus vacaciones estivales, el distinguido joven Lamberto Villalón.

—Se encuentra entre nosotros el prestigioso fabricante de muebles de Granada D. J. Martínez Herrera.

—El martes, en el Cine Ideal, se celebró la función de moda proyectándose la película «Una Yankee en Argentina».

Asistieron las señoritas Araceli López Tello, Milagritos Rodríguez, María Antonia Martín Peñasco, Dolores y Rafaelita Pedrero, Emilia de los Reyes, María Manuela y Mairena Calabria, Carmen y Presentación Sanz, Estrella Luz y Paquita Palacios, Ascensión y Conchita Castell, Pilar y Angelita Rodero, Amparito del Barco, Julita López, María Lozano y Pepita Pardo.

Señoras de don Alfonso Rodríguez, don Francisco Puche, don Victoriano Martín, don Eloy López-Tello, don Federico Aznares, don Vicente Vasco, don Celestino Sanz, don Francisco Morales, don Antonio Merlo Delgado, don Gustavo del Barco, don Antonio Ballesteros, don Antonio Martín Peñasco, señora de Pardo y viuda de don Anselmo Martín Peñasco.

Farmacia Moderna

DE

A. NOCEDAL

Es scrupulosidad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

L^cUNION

Compañía Francesa de Seguros contra incendios, robo, vida y accidentes

98 AÑOS DE EXISTENCIA

Subdirector para la provincia de Ciudad Real

D. Enrique Penot Donado-Valdepeñas

LINOLEUM NACIONAL

PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA

Hijo de Francisco Alarcón—Castellanos, 6

(Esterería) Valdepeñas

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación de la vista gratis, por procedimientos Ultra-modernos.

Se despachan recetas de los señores Oculistas.

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

COLEGIO

Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreñas especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real

Imp. de Mendoza. Valdepeñas.